

Pretérito imperfecto

Pretérito imperfecto

Roberto Monzó

Sin Horizontes Narrativas, 32
Colección dirigida por Alejandro Camarasa Yañez

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del copyright, bajo las
sanciones establecidas por las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio o
procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento
informático.

© Del texto: Roberto Monzó
© Fotografía de la portada: Vicent Salvador
© De esta edición: Brosquil Ediciones, SL
Polígono Industrial Els Mollons
C/Tapissers, 17 • 46970 Alaquàs (Valencia)
www.brosquilediciones.com
alejandro@brosquilediciones.com
Coordinación editorial: Alejandro Camarasa
Maquetación: Estudi Alfandech
Primera edición: Abril 2011
ISBN: 978-84-9795-577-5
Depósito Legal:

A mi hija Nerea, vida de mi vida.

PRÓLOGO

Barcelona

Cementerio de Les Corts

Noviembre de 1990

Llevaba más de una hora entre los muertos, sus ojos habían observado cientos de lápidas, y aunque la frígida temperatura de aquella tarde, en la que no se asomaba ni un solo rayo de sol, no era la más adecuada para permanecer bajo el cielo, continuó su paseo por el camposanto de la capital catalana sin saber exactamente por qué adoraba tanto introducirse en cualquier cementerio y visitar a los que habían dejado ya de existir. Puede que fuera la tranquilidad que dominaba las necrópolis y el cobijo que le proporcionaban, ya que siempre había pensado que de quien tenía que temer era de los vivos y no de los muertos, aunque poco le importaba la causa, ya que no sentía vergüenza alguna de ello.

Su cuerpo era extremadamente enjuto, con la piel muy clara y pecosa, los ojos de color miel, hundidos y menudos, la cabellera larga y descuidada, de un tono pelirrojo que brillaba al recibir la luz del sol, lo que no ocurría aquel día, y su menuda estatura, que apenas sobrepasaba el metro y medio de altura, le convertían en un ser insignificante, en una sombra imperceptible que buscaba refugio entre los muertos. Durante sus veinticinco años de vida jamás había destacado en nada de provecho y desde que decidió, hacía ya más de un año, huir de su pueblo en busca de una nueva vida, allá donde posaba sus pies buscaba de inmediato un cementerio.

Aunque observaba de forma detenida los nombres de las personas enterradas y las fechas de sus nacimientos y defunciones, nada le decían, ya que jamás había visitado Barcelona hasta ese día ni había conocido a nadie de la ciudad. Intentaba distraerse figoneando entre las lápidas para encontrar a alguien que hubiera fallecido algún día que coincidiese con algún avatar de su existencia, o que tuviera apellidos o nombres similares a la gente que había conocido en vida. Pero de pronto, todo aquello que buscaba sin ningún ahínco se concentró en un nicho en el que descubrió que quien allí reposaba era un ser conocido, no solo en vida, sino que también fue testigo de su muerte. Se detuvo convulsionado y observó con fijeza todo lo que estaba grabado sobre la piedra:

D. E. P.

Isaac Roda Ribes

23 de octubre de 1968 – 27 de julio de 1987

Junto a la inscripción había alojada una fotografía en el lado derecho de la losa de un joven bien parecido con el pelo largo, lo que hizo que su mente evocara las trágicas escenas de la muerte de aquel muchacho del retrato. De repente, una mano, fría y firme, se posó en su hombro, lo que provocó que se diera de inmediato la vuelta de forma atolondrada en busca de la persona que había requerido su presencia.

—¡Cálmate, muchacho!

Junto a él se hallaba un hombre de mediana edad que le infundió desde su primera contemplación cierto temor por su singular apariencia: tenía el poco cabello que había respetado su creciente alopecia, muy oscuro y extremadamente corto, pero poseía una barba muy poblada y desaliñada, completamente blanca. Aquel extraño individuo continuó hablándole:

—¿Conocías a Isaac?

—¡Estuve junto a él el día de su muerte! —contes tó el joven con la voz entrecortada.

—¡Isaac murió dos veces! ¿En cuál de las dos estuviste presente?

Aquella insólita pregunta terminó de desconcertar al pelirrojo, que era incapaz de entender lo que quería decir aquel enigmático personaje. Durante unos segundos, el joven permaneció turbado, sin saber si echar a correr, plantar cara a la persona que tenía enfrente o, simplemente, seguirle la corriente, hasta que por fin consiguió balbucear unas palabras apenas imperceptibles:

—¡Nadie puede morir dos veces! ¿Está usted loco?

El hombre de la barba sonrió sin decir nada. El silencio se apoderó de ambos, mientras el mucha-

cho temblaba sin saber dónde podía desembocar aquel inesperado y embarazoso encuentro. Finalmente, un impulso hizo que optara por la solución que había deseado desde el principio y salió corriendo. Su precipitada carrera le hizo tropezar y caer, lo que le causó un fuerte dolor en la rodilla derecha, que fue la primera parte de su cuerpo en contactar con el suelo. Intentó levantarse con gran esfuerzo pero, al elevar su rostro, descubrió de nuevo al extraño sujeto junto a él.

—¡Tú no puedes ser Eduardo, eres pelirrojo y además demasiado bajo!

—¡Tiene razón, no lo soy! ¡Mi nombre es Salvador! ¿Qué sabe usted de Eduardo?... ¡Déjeme en paz! —gritó el pelirrojo con desesperación.

El hombre de la barba blanca parecía que iba a decir algo más, pero interrumpió su primera intención, respiró profundamente durante unos segundos, metió su mano en el bolsillo derecho de su pantalón y agarró algo que parecía ser muy rígido, cilíndrico y que debía medir alrededor de diez centímetros. El joven pensó de inmediato en lo peor y creyó que aquello podía ser... ¡una pistola! Pero antes de descubrir si realmente se hallaba en lo cierto, su pie izquierdo golpeó con toda la potencia que pudo los testículos del hombre, que se retorció, preso del dolor, hasta caer al suelo, lo que aprovechó el pelirrojo para levantarse, por fin, y huir. Corrió todo lo que pudo, sin mirar atrás, sin saber si el individuo de la barba blanca le perseguía o si continuaba en el suelo. Cojeaba de su pierna derecha tras la caída, pero en aquel instante el terrible dolor era algo secundario comparado con el terror que sentía y que le hacía seguir hacia adelante, extremadamente ansioso por desaparecer

del cementerio. Finalmente consiguió llegar a la calle y descubrió un taxi que circulaba sin pasajero alguno. Al ver aquel automóvil negro con las puertas amarillas, colores característicos de los taxis de Barcelona, el muchacho se colocó con agitación en medio de la calzada frente al vehículo, lo que provocó que el taxista frenase bruscamente para no llevárselo por delante. El pelirrojo se introdujo en el interior del coche y desapareció a toda prisa de aquella desconcertante pesadilla que acababa de acontecerle por culpa de un vivo en la morada de los muertos.

CAPÍTULO I

Barcelona

La Rambla

Julio de 2004

Si hay una calle en el mundo convertida en un espectáculo visual y heterogéneo de la variedad de seres que este planeta engloba, esta no es otra que la Rambla de Barcelona. En dicha arteria, que conduce directamente en busca de las aguas mediterráneas del Port Vell de la Ciudad Condal, confluyen personajes, rarezas y otras especies, entremezclados bajo la recreada sombra que proporcionan los plataneros que la cobijan. Seres blancos, negros, amarillos, rojos, de dos y cuatro patas, de ojos rasgados y máquinas fotográficas, de pelo claro y pantalones bermudas en pleno invierno. Individuos vestidos con mugrientos atuendos en busca de alguna limosna. Esculturas cubiertas de carne humana, dotadas de vida propia, a las que

proporciona movimiento el observar una moneda ofrecida por algún magnánimo turista. Pintores y caricaturistas, saltimbanquis, carteristas que aprovechan el tumulto para conseguir el fruto de su esforzada tarea. Trabajadoras nocturnas y callejeras de la profesión más antigua del mundo o aquellas envueltas entre las paredes de un establecimiento de sexo durante todo el día. Vendedores de flores que dan nombre a la vía, clientela de prensa en los quioscos, pájaros enjaulados, clásicos comerciantes y compradores diarios sumergidos en el entrañable recinto del *Mercat de la Boqueria*. Gente perteneciente a la alta burguesía que se deja ver con sus mejores atavíos en el renacido Liceo para escuchar las principales voces de la música lírica, intérpretes al aire libre de ritmos venidos de más allá del Atlántico. Devotos del fútbol que celebran las victorias regados por el agua de la *Font de Canaletes* y por el cava catalán...

En plena Rambla de las Flores, entre el bullicio del tránsito humano en el crepúsculo, salpicado por la difuminada luz de un sol que perdía su brillo y por el destello fulgente de las recién encendidas farolas, unos pies pisaban con firmeza y celeridad el firme que los sustentaba a la vez que esquivaban constantemente a todo aquel que se enredaba en su diligente camino. El cuerpo que sostenían aquel par de extremidades correspondía a un hombre entrado ya en los treinta, a un ser esbelto, de buen parecer pero de descuidada imagen, de pelo alborotado y barba incipiente de un par de días, de atuendo vulgar, pasado de moda. Sus cansados y a la vez derrotados ojos vagabundeaban entre la muchedumbre que le cernía sin prestar atención algu-

na a nadie, sin regodearse de una calle muy conocida para sus retinas, sin guardar ninguna imagen que pudiese recordar en un venidero y próximo instante... Se hallaba abstraído en íntimas y constantes divagaciones que le mantenían alejado de la certeza rutinaria de la vía barcelonesa, ocupado en unas interioridades que tan solo él conocía –y también sufría–, sin hacer partícipe de ellas a ninguno de los andariegos de la Rambla. Transitaba cercano a un extenso grupo de personas que rodeaban a un artista de la calle que se había transformado en una inerte figura de piedra de la Grecia antigua que cambiaba constantemente de forma y se convertía en un pensativo filósofo, en un atleta, en un iracundo soldado o en un afectuoso actor, ante la constante admiración de los presentes, aunque la mayoría de ellos no pagara nada por contemplar el espectáculo. Entre aquel nutrido corro de espectadores, una mujer le hizo olvidar de súbito toda la reflexión surgida hasta dicho instante; su mirada insistió en la estampa de aquella dama, en una aparición repentina de un pasado ya remoto, apartado y quizás algo difuso, pero jamás olvidado. Sus dubitaciones sobre una posible ilusión óptica, que le hiciera observar una fémica en lugar de otra, se desvanecieron al comprobar con absoluta certeza que era Paula a quien contemplaba. ¡Habían transcurrido más de tres lustros desde la última vez que ambos estuvieron juntos...! ¡Muchos años!, aunque no los suficientes para que no le pareciera tan hermosa como antaño.

Se abalanzó ante la multitud con temor, deseoso de hablarle, pero a la vez amilanado de acercarse a una mujer que había marcado un sombrío pasado de su existencia. Cuando se hallaba justo detrás

de ella, su brazo, que obedecía una orden de su atolondrada mente, se levantó a trompicones, para después intentar posar la mano sobre el hombro de Paula y así llamar su atención y reanudar algo interrumpido durante demasiado tiempo. La mujer permanecía viendo al artista, admirada y sonriendo por la función que este ofrecía a la concurrencia, sin cerciorarse para nada de la presencia de un ser de su pasado, presto a llamarla. Pero cuando los dedos casi rozaban ya la desnuda espalda de tan atractiva anatomía femenina retrocedieron brusca-mente, poseídos por un desmesurado sobrecogi-miento del hombre que no se atrevió a enfrentarse a todo lo que pudiera sobrevenir a continuación. Se apartó del tumulto, abandonó con brusquedad el lugar y se dirigió con agresivo paso hacia la *plaça de Catalunya*, en un intento desesperado de evitar caer en una tentación que le llevara a traspasar la barrera del presente y le acercase a un lejano pre-térito. Extenuado, sudoroso y con ojos asustadizos, decidió detener su impetuoso caminar para depo-sitar su cuerpo en una silla de la terraza del Café Zúrich. Un camarero, algo calvo y bastante enjuto, se acercó a él:

—¿Qué desea tomar?

—Sírname un poleo.

Mientras tomaba la infusión intentó calmar sus atolondrados pensamientos. Su mente evocaba la imagen de antaño de Paula, la de una mujercita de sinuosas caderas que balanceaba con un garboso y sugerente caminar para el goce de la concurrencia masculina que la examinaba con indagadoras mi-radas, de voluptuosos senos que inspiraban cientos de fantasías concupiscentes, de largas extremidades inferiores y vientre plano, de inacabable cabello ne-

gro que cubría casi la totalidad de su dorso, de piel bronceada durante todo el año por el sol del Mediterráneo, de lúbricos labios deseados por la boca de cualquier hombre, de enormes ojos verdes que causaban una clara y poderosa diferenciación con el resto de su morena apariencia... Aquella hembra posada súbitamente en pleno centro de Barcelona había crecido con el gentil avance del tiempo y moldeado un cuerpo de adulta tan impúdico como el de su lozanía, pero dotado de la serena belleza que le otorgaban sus tres décadas y media de edad, según sus escrupulosos y concluyentes cálculos. En sus pensamientos brotaba la intranquilidad de su conciencia por no haberse decidido a hablar con Paula, por haber dejado escapar la oportunidad del reencuentro con la mujer que marcó sus años adolescentes; pero cuando más arrepentido parecía de aquello, escuchó una ligera voz que le llamaba:

–¡Eduardo! ¡Dios mío, eres tú, Eduardo!... ¡No lo puedo creer, eres tú de verdad!

–¡Paula! –respondió aquel hombre con voz entrecortada, satisfecho y emocionado por la segunda oportunidad que le brindaba el destino de volver a estar con aquella mujer–. Desde que estoy en Barcelona jamás había tenido un encuentro tan especial... Pero mujer, siéntate, toma algo conmigo.

Ella accedió al ofrecimiento, acomodando su bello cuerpo en una silla. Al momento salió el camarero, que repitió la operación de un momento antes:

–Señora, ¿le sirvo algo?

–Tráigame un café.

Durante unos instantes se hizo el silencio entre aquella pareja, sin que ninguno de los dos fuera

capaz de romperlo. Se miraban y sonreían, pero nada decían... hasta que fue Paula la que empezó a hablar:

–¡Hacía tanto tiempo que no nos veíamos!

–¡Cerca de diecisiete años! –matizó Eduardo.

–Sé que te dedicas a la literatura. ¡He leído tu libro!

–De momento solo he publicado uno. ¿Qué te ha parecido?

–Interesante, aunque la verdad, ahora no es que lea demasiado.

–¡Pues antes te gustaba mucho la lectura!...

¿Cómo sigue todo por el pueblo, Paula? ¡Supongo que seguirás viviendo allí! Desde que ocurrió todo aquello no he vuelto a pisar las calles de Lavilera.

Al pronunciar Eduardo el nombre del pueblo, un estremecimiento recorrió el cuerpo de Paula y le hizo cambiar su semblante.

–Pues sí, Eduardo, todavía sigo allí. Lavilera ha cambiado muy poco durante todos estos años.

–¿No me han perdonado todavía?

–La verdad es que no.

–¿Y tú tampoco, Paula?

–Es que fue muy fuerte, Eduardo.

–No has contestado a mi pregunta... ¡No importa! Aquella noche marcó mi vida, no sé si para bien o para mal, pero cambió mi vida.

–¡Tú te lo buscaste, Eduardo!

–¿Lo crees así, Paula? –preguntó Eduardo con el rostro expectante.

–¿Y qué quieres que piense?

–¡A lo mejor no merezco tanto odio! ¡Quién sabe!... Por cierto, ¿qué haces en Barcelona?

–He venido de excursión en un autocar. Ayer estuvimos en el Fórum y hoy hemos visitado la

Sagrada Familia, la Pedrera, Montjuic... ¡Ya sabes, lo más típico de la ciudad! Me voy ya, dentro de una hora.

—¿Cómo ha ido tu vida durante todo este tiempo?

—¡Me casé hace tres años con Vicente! Todavía no tenemos ningún hijo... ¡Quién me iba a decir a mí que acabaría con él!

Eduardo miró con cara de asombro a Paula, aunque se reprimió, sin hacerle partícipe de los desagradables pensamientos que le producía el recibir aquella noticia. Parecía que iba a hablar con vehemencia, aunque frenó sus impulsos y calló.

—¿Qué ibas a decirme? —preguntó Paula, al percatarse de las intenciones del hombre.

—Nada, mejor es que calle... ¡Pues yo sigo solo!

—¡Será porque has querido!

—¡Puede...! ¿Crees en el destino?

—¿Por qué me preguntas eso ahora, Eduardo?

—Porque el destino, o la casualidad, ha marcado continuamente mi vida. Siempre hay una serie de hechos que no busco y que deciden mi futuro. Incluso hoy, con lo grande que es Barcelona y con el poco tiempo que has estado aquí, hemos llegado a encontrarnos. Te tengo que confesar una cosa: ya en la Rambla te había visto, pero he sentido miedo de decirte algo y he pasado de largo. Sin embargo, la casualidad ha hecho que nos encontráramos por segunda vez. Todavía te tengo que revelar algo más: no lo tenía claro del todo, pero el encontrarte a ti ha sido definitivo. Dentro de poco voy a volver al pueblo. ¡Quiero escribir allí mi segunda novela!

Aquella revelación asustó a Paula, la cual advirtió a Eduardo de las consecuencias que aquello podía acarrear:

–¡No lo hagas, te ruego que no lo hagas! Desde aquella noche nadie te quiere en el pueblo. ¡Los años no han acabado de cerrar la herida!

–¡Es mi pueblo! Llevo demasiado tiempo sin regresar y ya te dije antes que no merezco tanto odio.

Ambos se despidieron, aunque el final fuera algo más amargo de lo que hubiera deseado Eduardo. Paula se marchó en busca del autocar, aunque aconsejó hasta el final a su acompañante que desistiera de su propósito. Cuando Eduardo la perdió de vista se le vino el mundo encima; en un momento transcurrió en el interior de su cabeza todo su pasado vivido en el pueblo hasta desembocar en aquella maldita noche. Tras diecisiete años comprobó que todavía la quería y que su encuentro aumentaba todavía más, si cabe, su deseo de volver a Lavilera. Marchaba pensativo por el *passeig de Gràcia* en busca de su vivienda, un piso antiguo pero muy espacioso de la calle Mallorca, cuando de pronto empezó a llover, lo que no hizo que aumentara el ritmo de sus pasos. Seguía pensando en la mujer que había logrado reverdecir su pasado sin percatarse, siquiera, del agua que le caía encima, con la mirada elevada como si contemplara extasiado cada uno de los edificios modernistas que cubren tan excelsa vía cuando en realidad su vista se hallaba perdida entre sus memorias, lo que hizo que llegara hasta el portal de su casa totalmente mojado. De repente oyó su nombre. Una voz femenina acababa de llamarle:

–¡Eduardo, cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo estás?

–Pues ya lo ves. ¡Calado hasta los huesos! Me alegro de encontrarte, Montserrat. Y a ti, ¿cómo te va la vida?

–¡Muy bien, gracias! Hace ya dos años que me casé con Marcos.

–¡Lo imaginaba! –exclamó Eduardo.

–Métete rápidamente en casa y sécate, que vas a coger una pulmonía. Yo llevo paraguas, pero a ti te cae toda la lluvia encima.

–¡No te preocupes! No es la primera vez que me empapo de esta manera, ni será la última.

–¡Lo sé, Eduardo, nos conocemos demasiado! Por cierto, hace un rato me ha parecido verte con una mujer en el Café Zúrich. ¿Verdad que era Paula?

Eduardo se sorprendió ante aquella afirmación de Montserrat. Quedó un momento pensativo hasta que continuó de nuevo con la conversación.

–¿Y tú cómo sabes que estaba con Paula? ¡Su ponía que no la habías visto nunca! Además, ¿qué hacías en la *plaça de Catalunya*?, ¿me espiabas o qué?

–¡Tranquilo! Pasaba por allí. Te he visto por casualidad. ¡Imaginé que sería Paula! Me la describiste tantas veces que era casi imposible equivocarse.

¡Otra vez volvía a aparecer la casualidad! Eduardo sonrió levemente, lo que provocó que relajara algo su rostro.

–Sí, pero yo te hablaba de los recuerdos que guardaba de ella cuando era una adolescente y ahora hace años ya que es una mujer.

–Claro, pero hay ciertos rasgos en las personas que apenas cambian. Y aquellos que tú me explicabas de Paula siguen igual –aclaró Montserrat–. Pero Eduardo, te lo ruego, entra en casa de una vez por todas. ¡Sigue lloviendo y no haces ni caso!

–¡Tienes razón!... ¿Quieres subir a tomar algo?

–¡No, Eduardo, ahora soy una mujer casada!

-¡No buscaba nada raro, solo charlar contigo un rato!

-¡Otra vez será! Te dejo, es que tengo algo de prisa... ¡Y sube rápido a cambiarte!

Eduardo, al penetrar en su morada, se sintió confuso por todo lo que la casualidad le había brindado aquel día. A las dos únicas mujeres que habían significado algo en su desconcertante vida las había encontrado en apenas media hora, cuando llevaba años sin ver ni a una ni a la otra. Pero realmente, la única de ambas que seguía ocupando un lugar preferente en sus quereres era Paula. ¡Y eso que habían tenido que transcurrir más de tres lustros para volver a contemplarla! Mientras secaba su cuerpo de la lluvia recibida se daba cuenta de que sus sentimientos hacia Paula habían aumentado más aún aquella tarde, tras el encuentro de ambos en el Café Zúrich, aunque también pensaba en su matrimonio, precisamente con Vicente, un idiota del pueblo de aquellos que se dicen amigos pero que jamás te aprecian. Se hallaba dispuesto a regresar a su pueblo, a Lavilera, y el verdadero propósito de su vuelta, además de estar cerca de Paula, era escribir su segunda novela; quería inspirarse en el pueblo que le vio nacer, sin que le importara el recibimiento de sus vecinos, el cual iba a ser muy hostil, según las palabras de Paula. ¡Qué importa -ba eso ahora! Deseaba recuperar en Lavilera todo el tiempo perdido. Estaba decidido. ¡En menos de una semana regresaría por fin a sus orígenes!